

SENCILLAMENTE, COMEDIA

Inma López Silva

Crítica publicada en la Revista Tempos Novos

Tiene el toque encantadoramente "atropellado" de las comedias de Woody Allen y tiene también una idea inteligente: inventar un personaje femenino que actúe como alter ego del actor y director neoyorquino que todos conocemos bien por sus interpretaciones del personaje ingenuo, nervioso e hipocondríaco que suele protagonizar sus películas. La hija de Woody Allen es por eso un espectáculo en que el público encuentra cumplida la expectativa que se le anuncia con la referencia del título, cosa que genera la satisfacción de la sinceridad. Pero eso no sería suficiente de no ser por la solvencia con la que Marián Bañobre desarrolla el largo monólogo de este extraño personaje sin más ayuda que una maleta y unos cuantos accesorios. Es una estupenda actriz que ya había destacado en algún papel con Teatro de Ningures, pero **su vis cómica y su saber hacer en el escenario quedan patentes en su interpretación de esta posible hija de Woody Allen. Bañobre es una de esas actrices que hace que parezca fácil lo difícil y que llena el escenario con su fuerte presencia, aparentemente sencilla, para cargar de matices el personaje que interpreta. Este talento está sólo reservado a las grandes cómicas.**

El texto de Santiago Cortegoso oscilando entre lo cómico, casi absurdo, y lo trágico, también casi absurdo, contribuye mucho a que la actriz pueda desarrollar un personaje que habla y habla con un discurso cargado de sugerencias y sobrentendidos. Puede ser que la aspiración trágico-nostálgica adquiera demasiada fuerza hacia el final, en un giro del texto imposible de prever al principio, justamente porque el nivel de comicidad de la primera media hora es difícil de sostener durante la obra completa sin caer en lo facilón. Por eso La hija de Woody Allen deja un poso agrídulce que contribuye a que el espectador le coja cariño a ese personaje acomplexado y alocado que viaja en un barco llamado Poesía en busca de su padre, habitante de la capital de las neurosis, Nueva York.

En cuanto a la dirección, se nota que el monólogo está construido permanentemente desde la mirada externa, algo que empieza a escasear ante la irrupción terrible del "estilo" club de la comedia. En este espectáculo, por ello, tenemos teatro, tenemos una construcción que aprovecha la fascinante convención del personaje hablando solo (o hablándole al público?) para desarrollar toda una vida en la que el espectador no puede más que evocar y proyectar vivencias gracias, en parte, a una construcción compleja del tiempo en escena, y gracias, sobre todo, a una dosificación del ritmo que, en el género del monólogo, no es fácil de lograr. En La hija de Woody Allen esto se consigue gracias a un recurso clásico: la división de la intervención de la protagonista en función de temas centrales y momentos vitales, manías o pasiones y, sobre todo, a través de la construcción clara de un hilo temporal conductor que constituye el viaje en barco, situación que llegamos a olvidar, pero que regresa siempre como recordatorio constante de los referentes en escena.

La hija de Woody Allen es uno de esos espectáculos que demuestra que para hacer buen teatro no son necesarias grandes complicaciones. Sólo un texto inteligente, una buena actriz y voluntad de calidad en todo lo que se refiere a lo que el espectador percibirá. A lo mejor por eso este sencillísimo espectáculo suele acabar con un agradecido público en pie.